

ICONOCLASTIA Y POESÍA

Cuartín Pedro

Universidad de Los Andes-Trujillo

“...Es que el debate del iconoclastia es en cierto modo un debate sobre el verbo ser...”

Tomás Segovia

La poesía es inherente a la subversión porque el lenguaje subversivo busca disolver lo estatuido para levantar, notoriamente, un margen inmensurable de imaginación, centrado en lo inexistente. Tal vez, no hay nada más iconoclasta que proporcionar latidos a lo inexistente. La imaginación creadora siempre recurre a la transfiguración, a la modificación intencional de la realidad y para ello se vale, desde el ángulo lingüístico, del tropo, de la mudanza que podría, entre otros caminos, dirigirse a las subversiones moral, lingüística, litúrgica y académica. Aunque esta última no comulgue, casi nunca, con los altibajos de la poesía.

No obstante, lo académico, entendido como la codificación del saber, proporciona a la lírica, a partir del bosque de las ideas, un margen de comunión, la comunión de algunas visiones cognitivas que resplandecen u oscurecen en el alcance humano de la palabra que va más allá del recurso verista, para indagar en lo intangible, en lo imponderable y en lo invisible.

Así las cosas, el problema, para esta reunión fallida de intelectuales certeros, no radica en decir cosas nuevas. A estas alturas de la evolución del conocimiento humanístico eso es casi imposible. El problema radica, como me indicaba Alberto Villegas hace algunos días, en que la repetición esconda algunas destrezas de aceptabilidad, es decir, en que lo que digamos nos conduzca a saber lo que no sabemos, tal como indica Sócrates, referido por

Jostein Gaarder (1998), porque saber lo desconocido es una forma de sabiduría. En otras palabras, ser doctor, para enseñar más, no es tan difícil, sobre todo cuando se cuenta con algún margen de desembolso. Lo difícil es ser docto, porque toda la vida no alcanza para llegar a serlo plenamente. Aunque se viviese mucho, la brevedad bordea nuestros tejidos.

Después de este breve resumen de visiones desperdigadas vamos a tocar, por encimita, algunas posturas subversivas que han venido girando en círculo desde tiempos inmemoriales, sobre todo porque el llamado de este VI Congreso internacional Presencia y Crítica, inexistente, es sobre los lenguajes de la subversión. Así que de ahora en adelante, hablaré a la audiencia ausente, por lo menos durante el año 2000.

I. ICONOCLASTIA MORAL

Dice Tomás Segovia que "... la moral convertida en merienda del conocimiento tiene cara de despotismo y de totalitarismo; es la moral del fanático, naturalmente..."(1985: 190).

Si la moral se nos impone dentro de las costumbres del maniqueísmo, entonces ella comporta normas, órdenes que deben obedecerse, irrefutablemente, en términos de lo admisible en el ángulo de la relación convivencial.

Así pues, el loco de la mollera, la prostituta de zonas pudendas desvergonzadas, el santo sacrificado in extremis, el asesino despanzurrador de bolsillos y el poeta empecinado en atentar contra la rigidez del mundo y del mando, no son bien vistos por la censura moral. Son, por lo general, aislados de las costumbres establecidas en el ámbito de la cultura occidental, hasta convertirse en occisos, en occidentales accidentados, en ejemplos de lo que no debe ser.

Uno de los poetas que más ha atentado, dentro del repiqueteo excrementario, contra la moral establecida, ha sido Francisco de Quevedo y Villegas (1580- 1645). En uno de sus sonetos burlescos dice "Cágome en el blasón de los monarcas" (1981: 397). Esta postura extrema, entre otras cosas, le impuso el aislamiento carcelario en cinco oportunidades.

Ahora bien, no todo es repiqueteo excrementario, o postura extremista, en la poesía de Quevedo, porque algunos años antes de su última prisión

escribió el siguiente soneto referido al estudio y al saber. He aquí los dos cuartetos:

*Retirado en la paz de estos desiertos
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos,
y escucho con mis ojos a los muertos*

*Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
o enmiendan, o fecundan mis asuntos;
y en músicos callados contrapuntos
al sueño de la vida hablan despiertos...(1981: 49).*

La existencia incluye las imágenes oníricas, es decir, ella contiene un margen recurrente de transgresión, de iconoclastia conducida por el impulsor de la inversión, del universo reversible, del pliegue, del repliegue, de la espiral, de la asimetría que colinda con lo que está más allá de la percepción regular, con la proliferación de la antítesis, en este caso del oxímoron, indicado por el séptimo verso “y en músicos callados contrapuntos”.

Dentro de los sonetos satíricos se incluye una cierta orientación moral, en términos de exclusión, a partir de una experiencia específica o abstracta. En el décimo soneto aparece el término “puto”, posiblemente en el sentido de homosexual, y el término “puta”, en el sentido de niña, muchacha y prostituta. Lo cierto es que en este soneto Quevedo utiliza, recurrentemente, los dos términos como palabras conducentes a la iconoclastia, a la subversión, a la inversión de un ícono centrado en la imagen de la decencia, es decir, la mujer que se debe a los valores cristianos del amor y de la amistad como fines en sí mismos, y no como medios para la obtención del dinero y para la utilización del engaño.

A lo largo del soneto se repite cinco veces el término “puto” y el femenino, con algunas variables, es repetido siete veces. Dentro de la retórica existe una figura llamada epanalepsis que consiste en la repetición de una palabra o de un grupo de palabras. Si la repetición es inicial, solamente, entonces

la epanalepsis se convierte en anáfora. Si la iteración consiste en empezar y terminar una frase con la misma palabra, entonces la figura se denomina anadiplosis.

Lo cierto es que la repetición, como encabalgamiento y conducción del arriba y abajo, podría relacionarse con el coito, con el ir junto con a experimentar el placer, en este caso comercial, tanto entre hombre y mujer como entre hombre y hombre. Leamos el soneto:

*Puto es el hombre que de putas fía,
y puto el que sus gustos apetece,
puto es el estipendo que se ofrece
en pago de su puta compañía.
Puto es el gusto, y puta el alegría
que el rato putaril nos encarece;
y yo diré que es puto a quien parece
que no sois puta vos, señora mía.*

*Mas llámenme a mí puto enamorado,
si al cabo para puta no os dejare,
y como puto muera yo quemado
si de otras tales putas me pagare;
porque las putas graves son costosas,
y las putas viles afrentosas. (1981: 435).*

II. SUBVERSIÓN LINGÜÍSTICA

Desde don Luis de Góngora (1993) hasta Vicente Huidobro (1983) y César Vallejo (1980), el poeta ha mantenido, más que todo en la etapa intermedia de su trayectoria, una suerte de enfrentamiento contra las normas de la lengua establecida, es decir, la poesía se ha conducido en términos de dislocación, de descoordinación de las reglas sintácticas y semánticas impuestas como hechos coercitivos de la comunicación cotidiana oral y escrita.

Así, por ejemplo, sólo por mencionar una de las nociones referidas en los últimos tiempos, Alfonso Reyes (1993) habla de “la jitanjáfora” que consiste en utilizar vocablos, sintagmas o fonemas que se salen del borde de la página, amenazan con arrollar al lector, o al autor, que sustentan una suerte de energía descontrolada proyectada, súbitamente, sin ninguna contención y que colinda con una especie de acumulación de energía verbal o caligramática.

A lo largo de la evolución de la poesía contemporánea se ha percibido, tal vez por el efecto cascada, la inclusión de “la jitanjáfora conscientemente alocada”, tal como lo indica Alfonso Reyes en *La experiencia Literaria*.

El impulso expresivo torrencial que está entre la onomatopeya y la palabra constituida, a punto de arritmia, sin caer en la cacofonía y que atenta, por intermedio de “la ecolalia,” contra las restricciones imperativas de la gramática porque “la jitanjáfora” podría configurarse más en el plano semántico por la distorsión, por el disparatamiento de los referentes, por la acumulación, casi envolvente, de visiones resquebrajadas, disparatadas hacia una entropía verbal de desasosiego, de intermitencias caleidoscópicas, de cascajo iluminado por el ser inicial del vacío, tal como indica Alfonso Reyes:

¡La verdad es que en el taller del cerebro se amontonan tantas virtutas!. De tiempo en tiempo, salen a escobazos por la puerta de las palabras; pedacería de frases que no parecen de este mundo, o meros impulsos rítmicos, necesidad de oír ciertos ruidos y pausas, anatomía interna del poema: necesidad que algunos confunden con la inspiración. Andamos en las fronteras de la ecolalia. No hay que temblar. (1993: 179).

De esta manera, el lenguaje es, entre otras cosas, la tradición; la transgresión contra la institución del lenguaje se centra en la imaginación, en el ímpetu que modifica, intencionalmente, las reglas establecidas.

III. SUBVERSIÓN LITÚRGICA

Los textos litúrgicos han servido, en algunas ocasiones, para transmitir la parodia, colindante con la sátira. La diferencia entre ambas nociones consiste en que la primera distorsiona un texto previo para transmitir el efecto de la risa. Mientras que la sátira incluye una cierta orientación moral, tejida en el latido de la risa, que sirve, en algunos casos, de orientación aleccionadora al lector.

En el caso de “Confesión de los moriscos” de Francisco de Quevedo aparece la burla, según los entendidos en la materia, a las incorrecciones lingüísticas de los moros quienes fueron expulsados de España, definitivamente, en 1609. No obstante, además de los yerros moriscos en la expresión oral y escrita, también aparece la tergiversación, la dislocación, el disparatamiento, la entropía, la inversión de una de las letanías de la iglesia católica cristiana que, para la época de Quevedo, debió considerarse como una postura subversiva extrema. Aunque, aparentemente, el motivo indicado haya sido el desmoronamiento de la lengua materna utilizada por los moros.

“Confesión de los moriscos” podría considerarse dentro de lo que actualmente se llama minimalismo, aunque en la época de Quevedo este término, referido a la concisión comportadora de muchos núcleos semánticos, no existía.

Los términos aparecen tergiversados. Por ejemplo, “picador” en el sentido de pícaro, del que pica, del que extrae; “espertual”, en el sentido de espiritual, y, también, de esperpento. En cualquier caso, el rebajamiento del texto litúrgico conduce a una especie de esperpentización de un discurso sublime, es decir, el cielo que durante el siglo XVII es pensado como un ámbito de maravilla universal, es rebajado hasta las orillas del inframundo. Existe también, fuera de “Confesión de los moriscos”, lo que algunos intelectuales como el Dr Maiz Vallenilla llama el profesor letanía, es el docente que repite lo mismo durante un lapso de 25 ó 30 años, igual que las letanías que tienen, desde tiempos inmemoriales, el mismo discurso. Ahora leamos el texto de Quevedo:

*Yo picador, macho herrado, macho galopeado, me confieso a Dios
barbadero y a soneta María tampoco, al bien trobado san Sanchez
Batista y a los sonetos apóstatas san Perro y san Palo, y a vos,
padre espertual, daca la culpa, toma la culpa. Vuélvome a confesar
a todos estos que quedan aquí detrás, y a vos, padre espertual,
que estás en lugar de Dios, me deis pestilencia de mis pecados y
me sorbáis dellos. Amén. Jesús. (1981: 112).*

IV. SUBVERSIÓN ACADÉMICA

La academia, entendida desde la derivación etimológica, como el lugar de Academo, el gimnasta ático cuya tumba se conserva en el latido del bosque. Al lado del sarcófago Platón instaló la academia donde se reunía con el propósito de intercambiar visiones sobre el mundo, el ser humano y los dioses.

A lo largo de la historia la academia ha comulgado con los preceptos del saber científico, objetivo. Ahora bien, para disponer de objetividad es necesario tener visiones originales, fuera del “fanatismo metodológico” como dice Salvador Tenreiro (1998: 34) y sin caer, de acuerdo con una supuesta sustentación científica, en el torrente desbordante de citas textuales que convierten al discurso en una especie de casa de citas porque el autor acaba prostituido, es decir, su autoría se desmorona, se enloda.

No conviene caer nunca en “proliferaciones cancerosas de las notas en pie de página.” (Segovia, 1985: 233).

A estas alturas de la evolución del conocimiento humanístico, no se podría escribir un discurso crítico sin citas, pero, tampoco debería caerse en la cascada de citas. Así como no se debe analizar una metáfora con otra metáfora, así tampoco se debería descifrar un texto con una cascada de citas. En otras palabras, vale más comulgar con el término medio para no terminar sepultado, sin ninguna razón, por una tonelada de retazos citados. Y nadie me venga a decir que para ser académico y científico hay que citar y citar y citar ad infinitum, porque *Poética y profética* de Tomás Segovia es un libro científico que atenta, por subversivo, contra alguna verdades absolutas impuestas como dogmas inamovibles por los que se declaran creyentes, dentro de un soporte religioso, de la metodología destinada a llenar de categorías, algunas veces torrenciales, el discurso crítico literario. En cualquier caso, dice Segovia en la “Introducción” del texto indicado:

La cuestión es que acabé por pensar que este libro sería más fiel a sí mismo sin notas y sin bibliografía. Cierto que no puedo, por desgracia, en alguna medida, en algún terreno y en algún sentido, dejar de ser del todo un especialista. Por lo menos no subrayaré deliberadamente esa maldición. Por poco que recupere uno la mirada espontánea o que comparta uno la mirada del lector no especialista, los complicados hábitos de la moderna redacción académica resultan cosa de lunáticos. (1985: 10).

Me va a decir Usted, desconocido lector, que Tomás Segovia por haber afirmado esta idea opuesta al marco conceptual científico y a la arrogancia metodológica, no es objetivo, no es certero. Nada tenemos contra el método y contra el montaje formal de referencias. No somos metodofóbicos. Aunque es conveniente, para no instalarse recurrentemente en casas de cita, no caer

en la metodofilia desbordada. Nada justifica el torrente desbordante de citas, ni siquiera la intención de indicar los antecedentes del tema tratado, porque siempre debemos tener en cuenta el sentido de selección, nadie me va a decir que ese sentido comulga con la citología del obstetra, u obstreta, es decir, con la citadera infinitesimal. Les habla la voz de la experiencia, porque yo también he sido citadicto.

BIBLIOGRAFÍA

- GAARDER, Jostein. (1998, 33ª ed). *El mundo de Sofía. Novela sobre la historia de la filosofía*. Madrid. Siruela.
- GÓNGORA, Luis de. (1993). *Poesía selecta*. Barcelona (España). Edicomunicación.
- GRIMAL, Pierre. (1984, 2ª ed). *Diccionario de mitología griega y romana*. México. Paidós.
- HUIDOBRO, Vicente. (1983, 2ª ed). *Altazor. Temblor de cielo*. Madrid. Cátedra.
- LÁZARO CARRETER, Fernando. (1981, 3ª ed). *Diccionario de términos filológicos*. Madrid. Gredos.
- QUEVEDO, Francisco de. (1981, 6ª ed). *Obras completas*. Verso y prosa. Dos tomos. Madrid. Aguilar.
- REYES, Alfonso. (1993, 1ª reimpr). *La experiencia Literaria*. Bogotá. Fondo de Cultura Económica.
- SEGOVIA, Tomás. (1985). *Poética y profética*. México. Fondo de Cultura Económica.
- TENREIRO, Salvador. (1998). *Programa y compilación de resúmenes*. XXIV Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana. Maracaibo. Universidad del Zulia.
- VALLEJO, César. (1980). *Obra poética completa*. Colombia. La Oveja Negra.